

me pregunta si le amo!—¡Mary! ¡Mary! exclamó Michel exánime, ¿después de haber estado á punto de matarme de dolor, quieres hacerme morir de alegría?—¡Sí, te amo! ¡te amo! hora es ya de que salgan de mi pecho estas dos palabras que hace tanto tiempo me ahogan. Te amo tanto, que á la idea del sacrificio que hemos de hacer, moriría contenta en el momento de confesártelo.

Y mientras hablaba, como atraída á pesar suyo por una fuerza magnética acercaba Mary su rostro al de Michel, quien la contemplaba extático.... Pero levantándose vivamente, rechazó al barón, y, sin transición alguna, prorumpió en llanto.

En esto entró Rosina.

XIV

EN DONDE CREYENDO EL BARÓN APOYARSE EN UNA CAÑA
ENCUENTRA UNA ENCINA.

Sola, sin apoyo alguno y por lo mismo á la discreción de su amante, comprendió Mary que el Señor venía en su auxilio, y acudiendo presurosa al encuentro de Rosina, preguntóla:

—¿Qué hay, muchacha?

Y llevóse la mano á los ojos para enjugar las lágrimas y á la frente para ocultar el rubor.

—Señorita, contestó Rosina, me pareció oír el rumor de unos remos.—¿Hacia dónde?—Hacia San Filiberto.—Creía que sólo había la lancha de tu padre.—Hay además la del molinero de Grandlieu, y aunque está medio desfondada, de ella se habrán servido para llegar hasta aquí.—Buéno, dijo Mary, voy contigo.

Y sin hacer caso de Michel que le tendía las suplicantes

manos, salió Mary de la choza para afirmarse en su primera determinación, y tras ella Rosina.

Quedóse solo y anonadado Michel, comprendiendo que con alejarse Mary perdía su felicidad, pues no le quedaba esperanza alguna de retenerla, y que nunca más semejante embriaguez daría lugar á la manifestación que acababa de oír.

En efecto, cuando Mary volvió, después de haber escuchado en todas direcciones, sin oír más que el murmullo del agua lamiendo mansamente la orilla, encontró al manco sentado encima de los juncos con la cabeza apoyada en las manos. Creyóle calmado cuando en realidad estaba abatido; llegóse al barón, quien al oír sus pisadas alzó la cabeza, y viéndola tan reservada como exaltada había estado antes, tendióla la mano diciendo tristemente:

—¡Mary, Mary!—¿Qué hay, amigo mío?—En nombre del cielo, repetidme esas tiernas y embriagadoras palabras; repetidme que me amáis.—Os lo repetiré cuantas veces queráis, si el conocimiento de que mi ternura sigue con solitud vuestros sufrimientos y esfuerzos puede prestaros valor y fortaleza.—¡Cómo! exclamó Michel desesperado. ¿Aun pensáis en esa cruel separación? ¿Queréis que después de estar convencido de mi amor con la certeza de que me amáis, me entregue á otra?—Deseo que los dos llevemos á cabo lo que considero como un deber, amigo mío, á cuyo efecto os he abierto mi corazón, para que me imitéis á sufrir, conformándoos con la voluntad del Altísimo. Estamos separados por un conjunto fatal de circunstancias, las cuales nos imposibilitan unirnos.—¿Por qué? Yo no he contraído compromiso alguno, y nunca he dicho á Berta que la amase.—Pero ella me dijo que os amaba, la noche en que os encontrasteis en la cabaña de Tinguy.—Las tiernas palabras que aquella noche le dirigí, á vos iban encaminadas.—Amigo mío, Berta podía engañarse muy fácilmente, y por lo tanto no es extraño que cuando regresé al castillo me dijese en alta voz: le amo. Amaros no es más que un tormento; ser vuestra sería un crimen.—¡Dios mío! ¡Dios mío!—El nos dará fuerzas para sobrellevar las consecuencias de nuestra mútua cortedad. No os la echo en cara, pues no estoy resentida de vuestra pusilanimidad cuando era tiempo de reparar el error; mas no me causéis el remordimiento de haber contribuido á labrar la desgracia de mi hermana.—

Sin embargo, ese proyecto es insensato, pues lo que tanto queréis evitar sucederá inevitablemente: Berta notará algún día que no le amo, y entonces...—Oíd, amigo mío, dijo la joven dejando caer la mano sobre el hombro del barón, si bien tengo pocos años, ya tengo idea formada respecto de lo que llamáis amor, pues aunque mi educación haya sido distinta de la vuestra, tiene sus defectos y cualidades, y la mayor de estas es ser realista. Heme acostumbrdo á oír conversaciones en las cuales se evocaba el tiempo pasado en toda su desnudez, y por lo que he sabido de la vida de mi padre he llegado á comprender lo efímero de las pasiones como la vuestra. No dudo por lo tanto que Berta llegará á reemplazarme en vuestro corazón antes que advierta esa indiferencia: es la única esperanza que me queda; no me la quitéis.—Me pedís una cosa imposible, Mary.—Pues bien, no cumpláis la palabra que tenéis empeñada con mi hermana, desechad las súplicas que á vuestros piés os he dirigido, y será una mancha más para dos desgraciadas criaturas harto vilipendiadas, y con sobrada injusticia por el mundo: juntas sufriremos, y exacerbadas por nuestro mútuo dolor quizás llegue un día que os maldigamos.—Mary, en nombre del cielo, no pronunciéis esas palabras.—Michel, el tiempo vuela, y va á despuntar el día; tenemos que separarnos, y mi resolución es irrevocable. Ambos hemos tenido un hermoso sueño que nos es preciso olvidar; ya os he dicho cómo podéis haceros digno, nó de mi amor, pues ya le tenéis, sinó de mi gratitud eterna. Os juro, añadió con acento todavía más suplicante, que si me otorgáis lo que os ruego y hacéis feliz á mi hermana, toda mi vida rogaré al Señor que os haga dichoso; mas si me rechazáis, si vuestro corazón no puede alcanzar hasta donde raya mi abnegación, renunciad á verme, pues repito y á la faz de Dios os juro que jamás seré vuestra.—Mary, no juréis; dejadme al menos una esperanza: los obstáculos que nos separan pueden vencerse.— Daros esperanza sería una falta; y pues la certidumbre de que comparto vuestro pesar no puede infundiros la resignación y la fortaleza con que lo padezco, añadiré que siento muchísimo lo que esta noche ha mediado y que no debemos dejarnos alucinar por nuestras ilusiones. Ahora, Michel, despedámonos para siempre.—¡No volver á veros, Mary! prefiero la muerte. ¿Qué queréis de mí? Ordenad...

La emoción hizo enmudecer á Michel.

—Nada ordeno; os he pedido de rodillas que ya que me habéis destrozado el corazón no hagáis otra víctima, y os lo vuelvo á suplicar.

E hincó en efecto una rodilla en el suelo.

—Alzad, Mary, haré cuanto queráis, mas no os alejéis de mí: cuando sufra demasiado vuestras miradas me infundirán valor.—Gracias, amigo mío: si pido y acepto ese sacrificio es porque lo creo necesario para nuestra felicidad y la de Berta.—¿Y vos?—No penséis en mí. Dios ha dado á la abnegación inefables consuelos: me bastará vuestra dicha.

Tapóse Mary el rostro con las manos como si temiese que la desmintiera.

—¡Dios mío! exclamó Michel desesperado, no me queda ninguna esperanza.

En esto entró Rosina en la choza, diciendo:

—Señorita, ved que ya amanece.—¿Qué tienes, Rosina? preguntó Mary; estás demudada.—Es que así como antes me pareció oír ruido de remos en el lago, hame parecido ahora que me seguían.—Lo habrás soñado: ¿quién puede haberte seguido en este islote?—Eso digo yo, pues por más que he escudriñado, á nadie he visto.

Los sollozos de Michel hicieron volver el rostro de Mary, quien le dijo:

—Nos iremos solas; dentro de una hora Rosina vendrá á buscaros con el bote. No olvidéis vuestra promesa: cuento con ella.—Contad con mi amor. La prueba que acabáis de exigirme es terrible, y cruelísimo el sacrificio que me imponéis. No permita Dios que sucumba.—Pensad que Berta os ama; pensad que está pendiente de vuestras miradas, y que prefiero la muerte á que se entere del estado de vuestro corazón.—¡Dios mío! ¡Dios mío!—¡Ea! ¡valor! Adiós, amigo mío.

Y aprovechando la oportunidad de abrir Rosina la puerta para mirar, inclinóse y estampó en la frente del mozo un beso muy diferente del que media hora antes le había dado: el uno era la ardiente llamarada que va del corazón del amante al de la amada, y el otro el casto adiós de la hermana al hermano. Comprendió Michel la diferencia, y oprimido su corazón, saltáronsele las lágrimas. Acompañó á las doncellas hasta la orilla, y cuando entraron en la barca,

sentóse en una piedra y estúvolas contemplando hasta que la niebla de la mañana las envolvió completamente.

Escuchando estaba el rumor de los remos como un fúnebre tañido que le anunciaba lo efímero de sus lisonjeras ilusiones, las cuales se desvanecían como fantasmas, cuando sintió que le tocaban ligeramente el hombro. Era Juan Oullier, cuyo semblante más triste que de costumbre no conservaba la expresión de odio que siempre había notado el mancebo: tenía húmedos los ojos y gruesas gotas de agua en la barba. ¿Era el rocío de la noche ó las lágrimas del veterano de Charrette? Oullier tendió la mano á Michel, lo cual nunca había hecho, y éste se la tomó vacilando y mirándole con extrañeza.

—Lo he oído todo, dijo el vendeano.

Bajó Michel la cabeza exhalando un suspiro.

—Sois dos excelentes corazones, prosiguió Juan; tenéis razón, os habéis impuesto una tarea terrible. ¡Dios os recompense esa abnegación! En cuanto á vos, si alguna vez sentís que vuestro ánimo decae, acordáos de mí, y os haré ver que si Juan Oullier sabe odiar á sus enemigos, también sabe amarlos. —Gracias, respondió Michel. —¡Ea! no lloréis, que las lágrimas no sientan bien al hombre; y si fuere necesario, trataré de hacer entrar en razón á esa testaruda Berta, aunque os declaro de antemano que no es empresa muy fácil. —Hay una cosa que lo será, si ella no cede, por poco que me ayudéis. —¿Y es? —Hacerme matar.

Dijolo el barón con tanta naturalidad, que no dejaba la menor duda de su propósito.

—¡Diablo! murmuró Juan Oullier, parece que lo hará como lo dice. Corriente, dijo al barón, en ese caso veremos.

A pesar de lo triste de la promesa, Michel se animó al oírla.

—Vámonos, añadió Oullier, no podéis quedaros aquí; tengo un bote en bastante mal estado por cierto; mas con algunas precauciones podrá llevarnos á la opuesta orilla. —Rosina vendrá á buscarme dentro de una hora. —Será inútil; eso la enseñará á contar los asuntos de los demás en las carreteras, como lo ha hecho con vos esta noche.

Dichas esas palabras que descubrían los motivos de Juan Oullier para seguirles, entraron ambos en el bote, y poco después alejaronse por el lado de San Filiberto, apartándose del camino que Rosina y Mary seguían.

XV

LOS ÚLTIMOS CAMPEONES DE LA MONARQUÍA

No se equivocaba Gaspar al decir á Petit-Pierre en el cortijo de la Boulevre que el aplazamiento de la insurrección hasta el 4 de junio sería un golpe fatal para su éxito, pues á pesar de la actividad con que los jefes del partido legitimista, tales como el marqués de Souday, sus hijas, Gaspar y otros caudillos presentes en la reunión, recorrieron las aldeas que formaban parte de sus divisiones para comunicar la contraorden, llegó esta demasiado tarde para que pudiese alcanzar á todos los puntos comprendidos en la sublevación.

Habíanse reunido los realistas entre Niort, Fontenay y Luzón, y Biat y Robert habían desembocado de las selvas de Deux-Sevres al frente de sus organizadas partidas, las cuales debían formar el núcleo de la sublevación, cuando advertidos los jefes de los destacamentos más cercanos, juntaron sus respectivas fuerzas y se encaminaron á la alquería de Armailloux, donde estaba el grueso de los labriegos, á quienes desbarataron completamente, cayendo en poder de las tropas muchos nobles y oficiales dimisionarios que habían acudido al fragor del combate, en tanto que otros experimentaban igual suerte cerca de Champ-Saint-Pere. Mientras esto pasaba, otra partida realista embestia al destacamento de Port-la-Claie, y aunque rechazada, mostró tal denuedo y bizarría, que claramente demostraron que no todos eran desertores, pues si no lograron su objeto, fué sólo por su inferioridad numérica.

Esos ataques á diferentes puntos y á una misma hora, una lista encontrada á uno de los prisioneros de Champ-Saint-Pere de mozos para formar un cuerpo escogido, los

arrestos de personas de opiniones exaltadísimas, alarmaron á las autoridades, las cuales tomaron en vista de la gravedad de las circunstancias prudentes precauciones.

Si la contraorden no hubiese llegado á tiempo á algunos puntos de la Vendée y Deux-Sevres, Bretaña, Maine y Bocage, habríase enarbolado á la luz del día el estandarte de la guerra.

En la primera de esas provincias se batió la división de Vitré, alcanzando un triunfo en Bretonnières-en-Bréal, triunfo que al día siguiente en la Gaudinière se trocó en desastre. Gaullier en el Maine recibió también demasiado tarde la contraorden, y empenó en Chanay un sangriento combate que duró seis horas. En varios puntos cada día escaramuceaban las columnas y los aldeanos que no habían querido regresar á sus hogares.

Debemos confesar que la contraorden del 22 de mayo, los movimientos intempestivos y aislados que acarrió, la falta de confianza y unidad de miras que fué su resultado inmediato, favorecieron más al gobierno de julio que el celo de todos sus agentes. Entibiados estaban los bríos de las divisiones que en algunas provincias se hallaban sobre las armas desde el primer llamamiento; las poblaciones sublevadas habían tenido tiempo para contarse y reflexionar, y la reflexión suele ser tan favorable al cálculo como funesta al sentimiento.

Habiendo excitado las sospechas del gobierno, los caudillos fueron presos al regresar á sus hogares, y viéndose los aldeanos sin el apoyo de las divisiones con que contaban, gritaron *traición* y volviéronse irritados á sus casas; de modo que abortada en embrión la insurrección legitimista, la causa de Enrique V perdía dos provincias antes de tremolar su bandera, y la Vendée iba á verse reducida á sus propias fuerzas; llegando á tal punto el esfuerzo de aquellos hijos de gigantes, que como vamos á ver todavía les alentaba la esperanza.

Ocho días habían trascurrido desde que acaecieron los sucesos en el anterior capítulo relatados, y había sido tal la agitación política, que varios de nuestros personajes se vieron envueltos en ella, á pesar de las distintas pasiones que les dominaban.

Inquieta Berta por la ausencia de Michel, tranquilizóse al verle otra vez á su lado, manifestando tan á las claras su

contento, que el barón no pudo menos de mostrarse alegre para cumplir la promesa hecha á Mary; y ocupada ésta cerca de Petit-Pierre con los numerosos detalles de la correspondencia que á su cargo corría, apenas la quedaba tiempo para notar el abatimiento de Michel y el embarazo con que éste se prestaba á la familiaridad que los hábitos varoniles de Berta autorizaban con respecto al que consideraba como su novio.

Mary evitaba encontrarse á solas con el mancebo, y cuando las obligaciones domésticas no la permitían esquivar su presencia, nunca desaprovechaba la ocasión de realzar á la vista de Michel los encantos de su hermana; cuando sus ojos topaban con los del barón, miraba con una expresión suplicante que le recordaba tierna y cruelmente á la par la palabra por él empeñada; y si por casualidad autorizaba el mozo con su silencio las finezas de que le colmaba Berta, fingíase Mary tan gozosa, que á Michel se le destrozaba el corazón.

Con todo, por más que hiciera no podía la infeliz disimular los estragos que aquella lucha interna la causaba, y su desfigurado rostro habría llamado la atención de cuantos la rodeaban á no hallarse embebidos Berta en su felicidad y Petit-Pierre y el marqués en las tareas políticas; pues sus grandísimas ojeras, sus macilentas mejillas y las leves arrugas de su hermosa frente, antes tan tersa, desmentían la sonrisa que casi siempre afectaban sus labios.

Difícil hubiera sido engañar á Juan Oullier, quien por desgracia estaba ausente, pues el mismo día que regresó á la Boulevre, fué enviado al este por el marqués de Souday; y como no era muy experto en los fenómenos del corazón, marchóse tranquilizado sin sospechar que el mal fuese tan grave.

Había llegado el 3 de junio y advertíase gran movimiento en el Moulin-Jacques, comuna de Saint-Colombin: notábase desde la mañana que las mujeres y los mendigos iban y venían de continuo, y al anochecer el verjel que precedía el cortijo parecía un verdadero campamento, pues á cada paso acudían hombres vestidos con blusas ó chupas de caza y armados con escopetas, sables y pistolas, daban el santo á los numerosos centinelas apostados al efecto, y formando pabellones con las armas á lo largo del vallado, se sentaban ó tendían debajo de los manzanos.

Aunque no tan numerosa como en las afueras, no estaba menos animada la concurrencia en el Moulin-Jacques, donde los jefes recibían sus últimas instrucciones y acordaban las medidas que para el día siguiente debían adoptarse, en tanto que algunos nobles referían los sucesos del día, los cuales consistían en la reunión de insurrectos en el erial de Urgeins, y en algunas escaramuzas con la tropa.

El marqués de Souday iba de grupo en grupo exaltado y locuaz como en los mejores tiempos de su mocedad, y pareciéndole que nunca asomaría el sol del día siguiente, aprovechaba el tiempo dando algunas nociones de estrategia á los mozos que le escuchaban.

Sentado Michel junto al hogar, era el único á quien no interesaban aquellos preparativos, por cuanto habiéndole felicitado varios vecinos y amigos del marqués por su próximo enlace con la señorita de Souday, comprendía que no podía dar un paso sin enredarse cada vez más en la espesa red que le aprisionaba; y como á pesar de la promesa hecha á Mary le era imposible borrar de su alma la imagen de su amada, aumentaba más y más su tristeza contrastando con la animación de cuantos le rodeaban.

Por fin, no pudiendo aguantar tanto ruido y movimiento, escabullóse, entró en el huerto del molinero, y siguiendo el curso del agua, fué á sentarse en el pretil de un arroyuelo á buen trecho de la casa. Allí estaba desde hacía una hora, cuando se le acercó un hombre que le dijo:

—¿Sois vos, señor Michel?—¡Juan Oullier! el cielo os envía. ¿Hace mucho tiempo que habéis regresado?—Media hora escasa.—¿Habéis visto á Mary?—Sí, la he visto.

Alzó Juan Oullier los ojos al cielo, y exhalando un suspiro dió á entender que sabía las causas del grave estado de Mary. Comprendióle Michel y cubrióse el rostro con las manos diciendo con voz apagada:

—¡Pobre Mary!

Escuchóle Oullier con cierta compasión y luego le preguntó:

—¿Habéis tomado alguna determinación?—Nó; confío que mañana una bala me dispensará de ese trabajo.—No lo creáis: las balas son muy caprichosas y nunca van á donde las buscan.—Somos muy desgraciados, Juan.—Mucho os desazona eso que llamáis amor y que para mí es locura. ¡Ah! ¡quién hubiera dicho que cuando esas muchachas sólo

pensaban en correr por el bosque con su padre y conmigo, se enamorarían del primer mozo que encontrasen!—Todo ha sido obra de la fatalidad.—No acuséis á la fatalidad, sino á mí... Veamos: si os falta valor para hablar claramente á esa loca de Berta, tendréislo á lo menos para portaros con cordura.—Haré cuanto sea posible para unirme con Mary.—¿Quién os dice tal cosa? ¡Pobre niña! es más sensata que nosotros: comprende que no puede casarse con vos, y no se equivocaba cuando así os lo decía la otra noche; pero extraviada por su cariño á Berta, se condena al suplicio de que desea librar á su hermana, y eso ni vos ni yo debemos permitirlo.—¿Qué haremos?—Una cosa muy fácil: no pudiendo casaros con vuestra amada, renunciad á la que no amáis, y de ese modo me parece que Mary acabará por consolarse, pues por más que diga, los celos también avasallan los corazones más puros.—¿Renunciar á la esperanza de ser suyo y al placer de verla? ¡Nunca! para acercarme á Mary atravesaría el fuego del infierno.—Esas son razones de pié de banco, señor Michel; cuando los que salieron del paraíso se consolaron, bien podéis á vuestra edad olvidaros de vuestra amada. Además, lo que acaso os separaría de Mary no fuera el fuego del infierno sino el cadáver de su hermana, pues vos no conocéis todavía el indomable carácter de Berta y lo de que es capaz. Yo, pobre campesino, no comprendo vuestros grandes sentimientos; pero á mi entender los más resueltos deben cejar ante semejantes obstáculos.—¿Qué he de hacer, pues? Aconsejádme, amigo.—Creo que todo el mal dimana de vuestra flaqueza de carácter: ya que no supisteis dominar la situación en que os puso la casualidad, debéis abandonarla.—¡Abandonarla! ¿No dijo Mary el otro día que si yo renunciaba á su hermana no volvería á verla jamás?—¿Qué importa, si os ama?—¿Y lo que sufriré?—Lo mismo sufriréis de lejos que de cerca.—Aquí á lo menos la veo.—¿Creéis que el corazón conoce distancias? Nó, ni siquiera las que nos separan de los que para siempre se fueron. Mirad, hace ya treinta años que murió mi pobre mujer y hay días que la veo como os estoy viendo ahora: llevaréis en el corazón la imagen de Mary, y hasta os parecerá oírla daros las gracias por lo que hayais hecho.—Preferiría que hablarais de mi muerte.—Vamos, señor Michel, haced un esfuerzo; y si es preciso, á pesar de la ojeriza que con justos motivos abrigo contra

vos, me arrojaré á vuestros piés diciendo: os lo suplico, devolved en cuanto quepa el sosiego á esas dos infelices criaturas.—En fin, ¿qué queréis que haga?—Partid, ya os lo he dicho, y os lo repito.—Ved que mañana será día de combate, y ausentarme hoy sería una deserción deshonrosa.—No quiero yo deshonraros; si partís no desertaréis.—Explicáos.—Por ausencia de un capitán debo mandar una compañía de la división de Clisson, y os vendréis conmigo.—¡Ojalá me hiriera la primera bala!—Pelearéis á mi lado, y si alguien duda de vos, yo le responderé. ¿Lo queréis?—Sí, contestó Michel con voz casi imperceptible.—Corriente; dentro de tres horas nos pondremos en camino.—¡Sin despedirme de ella!—Es preciso; en estas circunstancias tal vez no tendría valor para dejaros marchar. ¡Animo pues, señor Michel!—Lo tendré, Juan.—¿Puedo contar con vos?—Os doy mi palabra.—Dentro de tres horas os aguardaré en la encrucijada de la Belle-Passe.—No faltaré.

Despidióse Oullier con ademán casi amistoso, y, atravesando el puente, fué á reunirse en el verjel con los demás vendeanos.

XVI

EN DONDE JUAN OULLIER MIENTE CON BUENOS FINES.

Permaneció un rato el mancebo como anonadado, oyendo zumbar en sus oídos las palabras de Juan Oullier cual si por su propia muerte doblaran: parecía estar soñando, y para recordar su desgracia repetía:

—¡Partir! ¡partir!

La idea de la muerte que hasta entonces había entrevisto como un socorro del cielo, pasóle pronto de la mente al corazón, helándole de espanto: vióse separado de Mary por la insuperable valla que encierra para siempre al hombre en

su última morada, y fué tan agudo su dolor, que le pareció un presentimiento. Acusó á Oullier de duro é injusto, rebelándose á la idea de que el rígido vendeano le arrebatara el supremo consuelo de despedirse de su amada, y exasperado por esta exigencia, quiso verla á todo trance.

El barón estaba muy enterado de la distribución del molino: Petit-Pierre ocupaba el cuarto del molinero, el cual era naturalmente la principal estancia de la casa; y las dos hermanas dormían en el aposento contiguo, cuya ventanilla daba sobre la rueda exterior del molino, entonces parado.

Ya cerrada la noche, acercóse Michel á la casa, y viendo luz en la ventanilla, puso una tabla sobre una pala de la rueda, trepó por ella, apoyóse en el punto más alto, y levantando con precaución la cabeza pudo mirar por los cristales. Mary estaba sola en su cuarto, sentada en un escabel, y, con el codo apoyado en el lecho y la cabeza en la mano, exhalaba de vez en cuando un hondo suspiro, moviendo los labios como para murmurar una plegaria.

Al golpecito que el mozo dió en el cristal, alzó ella la cabeza, y corrió á la ventana exhalando una exclamación de asombro.

—¡Chito! la dijo Michel.—¡Vos aquí! exclamó Mary.—Yo, sí.—¡Cielos! ¿qué queréis?—Hace ocho días que no os he visto, Mary, y vengo á despedirme de vos antes de ir á donde me llama el destino.—¡A despediros! ¿Por qué?—Vengo á despedirme de vos, Mary, repitió el barón con firmeza.—¡Oh! supongo que ya no queréis morir ¿no es cierto? Y no moriréis, prosiguió la doncella viendo que Michel no respondía; he orado tanto, que Dios me habrá oído; mas ahora que me habéis visto y hablado, idos, idos al momento.—¡Tan pronto! ¿Os repugna mi presencia?—No lo digo por eso. Berta está en el aposento inmediato, puede haberos oído venir, puede oiros hablar, y ¿qué sería de mí, cuando la he jurado que no os amo?—Sí, sí, jurádselo; pero á mí me jurasteis lo contrario, y seguro de vuestro amor consentí en ocultar el mío.—Michel, os ruego que os vayáis.—Nó, Mary, no me iré hasta que me hayais repetido lo que me dijisteis en la Jonchère.—Ved que este amor es casi un crimen, exclamó Mary desesperada. Michel, amigo mío, me avergüenzo y lloro al pensar cuán débil fuí en aquellos momentos.—Yo os prometo, Mary, obrar de modo que otra vez no tengáis semejante pesar, ni derramáis más lágrimas

por este motivo.—¿Queréis morir? No me lo digáis ¡por Dios! no me lo digáis, que en mis tormentos abrigo la esperanza de que os labrarán mejor suerte que la mía!... ¿No habéis oído? Vienen; partid, partid.—Un beso, Mary.—No.—Será el último.—Nunca, amigo mío.—Mary, lo daréis á un cadáver.

Exhaló la joven una exclamación, y, acercando los labios á la frente del mancebo, cerró al momento la ventana; abrióse en seguida la puerta y apareció Berta, quien al ver á su hermana demudada y vacilante, corrió á la ventana arrebatada por el instinto de los celos, abrióla con violencia, y notando que se escurría una sombra por la pared, preguntó, con los labios trémulos de ira:

—¿Era Michel?—Hermana mía, dijo Mary cayendo de rodillas, te juro...—No juréis, no mintáis, que he conocido su voz.

Berta rechazó á Mary con tal fiereza que ésta cayó de espaldas; y pasando luego por encima de ella furiosa como una leona á quien han robado los cachorros, salió y bajó precipitadamente al patio, á cuya puerta estaba el barón de la Logerie sentado junto á Juan Oullier.

—¿Desde cuándo os halláis aquí? preguntó á Michel con aspereza.

A un gesto del joven el vendeano respondió:

—Hace cosa de tres cuartos de hora que el señor barón me dispensa el honor de conversar conmigo.—Es muy extraño, repuso Berta mirando de hito en hito á Oullier.—¿Por qué?

Dirigióse aquella al barón y dijo:

—Porque há poco me parece haberos oído hablar en la ventana con Mary, y luego bajar por la rueda del molino.—¡Cáspita! pocas trazas tiene el señor barón de arriesgarse á esos ejercicios gimnásticos.—Pues ¿quién habrá sido? dijo Berta impaciente.—Algún borracho que habrá querido lucir su habilidad.—Sí, pero mi hermana estaba pálida, agitada, temblorosa...—De miedo, señorita; la cosa no era para menos: creéis que todos son tan valientes como vos?

Permaneció Berta un momento pensativa, pues constábalas que Juan Oullier no simpatizaba mucho con el barón y ni siquiera podía figurarse que se hubiese convertido en cómplice suyo; pensó en seguida en su hermana, y recordando que la había dejado casi sin sentido, añadió:

—Tienes razón, Juan: la pobre se habrá asustado, y yo con mi brutalidad he acabado de trastornarla. Este amor me vuelve loca.

Y volvió presurosa al molino.

—No creáis que vaya á regañaros, dijo el vendeano á Michel que bajaba los ojos; ya véis que camináis sobre un volcán. Medrados estábamos si yo no me hubiese encontrado aquí para mentir ¡Dios me perdone! cual si en mi vida no hubiera hecho otra cosa.—Tenéis razón, Juan, y en prueba de ello estoy pronto á seguiros: demasiado veo que no puedo permanecer aquí más tiempo.—Bueno. Los nanteses marcharán dentro de poco, y el marqués debe reunirseles con su división; partid con ellos y rezagáos un poco para esperarme, que yo iré á buscaros en el consabido paraje.

Fué Michel á ensillar el caballo y Juan Oullier á pedir al marqués las últimas instrucciones. Los vendeanos estaban ya formados en el verjel, y las armas relucían en la oscuridad, reinando en las filas una impaciencia templada por el respeto.

Al poco rato salió de la casa y avanzó hacia ellos Petit-Pierre seguido de los principales caudillos, y apenas le hubieron conocido cuando prorrumpieron todos en entusiastas aclamaciones, desnudando las espadas y saludando á la heroína por quien iban á derramar su sangre.

—Amigos míos, dijo Petit-Pierre, prometí que me veríais en la primera formación, y cumplo mi palabra. Cualquiera que sea vuestra suerte, feliz ó adversa, veréisme siempre á vuestro lado; y aunque no pueda agruparos en torno de mi penacho cual lo haría mi hijo, sabré morir con vosotros. ¡Id, hijos de gigantes, id á donde os llaman el honor y el deber!

Frenéticos gritos de ¡Viva Enrique VI! ¡Viva Maria Carolina! acogieron esa alocución, y habiendo Petit-Pierre dicho algunas palabras á los jefes que conocía, el escaso ejército de la monarquía más antigua de Europa marchó á Vieille-ville.

Entretanto asistía Berta con tierna solicitud á su hermana: habíala acostado en la cama y la humedecía la cara con el pañuelo empapado en agua fría, cuando abrió Mary los vagarosos ojos sin ver en derredor suyo, balbuciendo el nombre de Michel: claro indicio de que antes se había despertado de corazón que de entendimiento. Estremeciósese

Berta á pesar suyo aguijoneada de celos, espirando en sus labios las palabras en el momento de ir á suplicar á Mary que la perdonara su arrebató.

En esto llegaron á sus oídos los vítores con que acogían los vendeanos la arenga de Petit-Pierre, asomóse á la ventana, vió desaparecer entre los árboles la columna, y, al pensar que con ella se iba Michel, sentóse triste, pensativa y desasosegada á la cabecera de Mary.

XVII

DE CÓMO SE FUGAN JUNTOS EL PRESO Y EL CARCELERO

Al rayar el alba del día 4 de junio oíase tocar á rebato en los distritos de Clisson, Montaigu y Machecul: el toque de rebato es la generala de los vendeanos, y en tiempo de la primera guerra, cuando retumbaba en el campo su áspero y siniestro clamor, corría el pueblo en persecución del enemigo.

Grandes cosas debió de hacer este pueblo para que los demás se olvidaran de que su enemigo era Francia; felizmente empero, y esto prueba lo mucho que habíamos progresado en cuarenta años, en 1832 aquel toque parecía haber perdido su mágico poder, y si bien algún aldeano acudía á su impío llamamiento dejando el arado para tomar el fusil escondido en el vecino seto, en cambio los más proseguían tranquilamente el comenzado surco, escuchando la señal del alzamiento con el aire grave y meditabundo que tanto cuadra á la rústica fisonomía del labriego vendeano.

Sin embargo, á las diez de la mañana una numerosa partida, fuertemente atrincherada en la aldea de Maisdon, sostuvo el ataque de la tropa hasta que hubo de ceder á la fuerza numérica de sus adversarios, retirándose con mucho

orden, cosa extraña en los vendeanos aun después de una insignificante derrota. Esto consistía en que ya no peleaban por un gran principio, sinó por pura abnegación, y en que aquellos hombres de generoso ánimo que se creían encadenados por la tradición á sus padres, sacrificaban honra, hacienda y vida, fieles al antiguo adagio: Nobleza obliga. Si, pues, la retirada se efectuó con tan buen orden, es porque los que la verificaron no eran ya simples aldeanos indisciplinados, sinó esforzados y nobles campeones que lidiaban muy enorgullecidos de sus padres y algo de sí mismos.

En Chateau-Thébaud fueron atacados por otro destacamento que el general había enviado en persecución suya, y perdieron algunos hombres al pasar el Maine; pero á la opuesta margen lograron incorporarse con los nanteses que, habiendo salido del molino llenos de entusiasmo, se habían reunido con las divisiones de Legé y del marqués de Souday: refuerzo que elevaba á unos ochocientos hombres las fuerzas de la columna, acaudillada por Gaspar.

A la siguiente mañana dirigióse á Vieilleville con objeto de desarmar á la guardia nacional, y habiendo sabido antes de llegar que guarnecían el punto fuerzas superiores á las suyas, y que en poco tiempo podían ser auxiliadas por las que el general tenía de reserva en Aigrefeuille, resolvió atacar la aldea del Chene con ánimo de ocuparla y sostenerse en ella. Desparramáronse pues los aldeanos en los campos que la circuyen, y ocultos en las crecidas mieses molestaban á los azules con un vivo fuego graneado, siguiendo la táctica de sus padres, en tanto que los nanteses y los nobles formados en columna se disponían á tomar el pueblo atacándolo por la calle principal que lo atraviesa. Separábales de la aldea un arroyo cuyo puente habían destruído la víspera, no dejando más que algunos maderos.

Atrincherada la tropa en las últimas casas del pueblo, desde las ventanas parapetadas con colchones rompieron sobre los blancos tan nutrido fuego que hubieron de retroceder dos veces; mas animados por el ejemplo de sus caudillos, echáronse al agua, y atacando á la bayoneta á los azules, hiciéronles retroceder de casa en casa hasta el extremo de la población, do toparon con un batallón del 44 de línea que el general acababa de enviar al auxilio de la reducida guarnición del Chene.

El estruendo del combate llegaba al molino donde aun se